

[DE VIDUIS.]

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE LAS VIUDAS, DONDE TAMBIÉN SE TOCA ALGO SOBRE LA INVOCACIÓN DE LOS SANTOS.

Ambrosio, al inicio de esta Comentación (Num. 1), confiesa que fue inducido a unirla con sus tres libros sobre las Vírgenes por la autoridad y el ejemplo del Apóstol, quien en sus epístolas a menudo une las alabanzas de ambas condiciones. Sin embargo, en el desarrollo de la obra (Cap. 9, num. 57 y ss.) encontramos una ocasión que lo movió más intensamente a escribir y publicar este tratado. Una matrona, tras la muerte de su esposo, con varias hijas, algunas casaderas y otras ya casadas, acudió al refugio común de todos los afligidos, es decir, a Ambrosio. Este santo varón, según su capacidad, la consoló y también le aconsejó que, moderando la intensidad de su tristeza, dejara el luto, ya que posiblemente el tiempo establecido para el duelo había pasado. La viuda, que bajo el manto de luto ocultaba su amor por el placer, interpretó las palabras de Ambrosio en favor de su deseo y no pensaba en otra cosa que en preparar nuevas nupcias. Esto no pasó desapercibido para el santo Prelado; y como tenía muy claro cuántos males, disputas, pleitos e inquinas surgirían necesariamente de allí, para disuadir ese matrimonio y remover la sospecha de aprobación de su parte, comenzó a predicar la excelencia de la viudez cristiana y a exhortar a las viudas a cultivarla.

Por lo tanto, al principio afirma que la profesión de viudez se acerca mucho a la virginidad y supera con creces al matrimonio (Cap. 1). Presenta como argumento no solo el testimonio apostólico, sino también el ejemplo de la viuda de Sarepta (Num. 3 y ss.): cuya castidad no fue solitaria, sino acompañada de muchas otras virtudes, como la hospitalidad y la piedad. Tras narrar esta historia según el sentido moral y místico, pasa a Ana la profetisa (Cap. 4), y de allí a la viuda que, según Lucas, echó dos moneditas en el tesoro (Cap. 5). Después de recorrer algunos ejemplos del Antiguo Testamento, a saber, Noemí (Cap. 6), Judit (Cap. 7) y Débora (Cap. 8), expone sus historias tanto moral como místicamente, aunque la de Ana solo místicamente. Finalmente, tras exponer la narración sobre la suegra de Pedro (Cap. 9, num. 53) y llevar el libro a su conclusión, urge a las viudas a perseverar en la vida célibe, cuya santidad, dones y virtudes propias describe allí (Cap. 10 y ss.) con la máxima eficacia de sus palabras.

Además, al mencionar a la suegra del bienaventurado Pedro, se dirige a la viuda mencionada (Cap. 9, num. 57 y ss.), cuyo nombre, sin embargo, omite. Enseña que todas las razones con las que ocultaba su voluntad de contraer nuevo matrimonio son leves y engañosas, ya que en realidad solo seguía el amor al placer y a las vanidades mundanas. Reconoce que el vínculo conyugal (Cap. 12 y ss.) es bueno y santo, y compara la Iglesia con un campo fértil (Cap. 14, num. 87), que produce flores de diversa belleza en vírgenes, viudas y casadas. Por lo tanto, adorna a todas con el nombre de flores, pero afirma que el área de la Iglesia abunda más en trigo que en lirios, es decir, que el número de casadas supera con creces al de vírgenes. Finalmente, después de reivindicar la primacía de la virginidad sobre el matrimonio y mostrar (Cap. 14, num. 84) que solo los idólatras han existido que impusieran penas a la viudez, deduce que todas las mujeres cristianas, liberadas de la necesidad marital, no deben apartarse de tan religioso propósito; y tras discutir finalmente las razones disfrazadas que suelen emplear las viudas que desean casarse, urge vehementemente al final del libro (Cap. 15, num. 86); pero está claro que no usó una peroración tan encendida por otra razón que para disuadir más fácilmente a la mente de esta mujer de la decisión que contemplaba. No se pudo decir nada más prudente ni más acorde con la sana doctrina, ya que ni condenó las segundas nupcias ni faltó a su deber de preferir la viudez a ellas y de impulsar siempre a las almas confiadas a su cuidado hacia lo más perfecto.

Por lo demás, quiso que el inicio de este libro fuera tal que eliminara toda duda sobre su autor, a menos que alguien también desee privar a Ambrosio de los libros sobre las Vírgenes; lo cual nadie ignora cuán absurdo sería. Sin embargo, los Centuriadores, al mencionar este mismo libro, escriben no sin desdén: "Ambrosio, si es que es de Ambrosio, tiene muchas cosas groseras sobre la invocación de los santos muertos" (Centur. 4, cap. 4). ¿Qué puede ser más absurdo que esta duda? Si no les basta lo que ya hemos dicho, y quieren ser instruidos por Ambrosio con palabras expresas sobre este asunto, que acudan a su Comentario sobre el Evangelio según Lucas, y allí encontrarán que cita esta Comentación al menos cuatro veces, remitiendo al lector a ella. Pero para que cualquiera entienda más y más cuánto debe valorarse la autoridad de tales censores, añadiremos el testimonio de Jerónimo en la epístola 50 a Pamaquio: "Lea", dice, "el libro de las Viudas del santo Ambrosio" (Apolog. adv. Jovin.). ¿Qué, entonces, fue la causa de que los de Magdeburgo lo disimularan? Sin duda, para que lo que el piadoso Doctor enseña sobre la invocación de los santos (Cap. 9, num. 55), pudieran llamarlo un poco más audazmente "grosero". Pero los ingeniosos hombres no avanzaron nada; pues nadie no entiende que lo que ellos llaman grosero, Ambrosio lo consideró ortodoxo; ya que no quiso forjar un nuevo dogma, sino dar testimonio de la verdad católica. En verdad, nunca habría propuesto desde el púlpito al pueblo lo que estos critican solo porque abiertamente concuerda con los placeres de la Iglesia Romana, si hubiera pensado que contenía algo contrario a la piedad o de alguna manera susceptible de ofender a los más débiles. No es necesario, además, que traigamos a colación lo que escribió Perkins, "que el libro de las Viudas está en conflicto con el Comentario sobre el capítulo I de la Epístola a los Romanos"; ya que Rivet (Crit. sac.) juzgó que tal razón de esa secta y orden es tan fútil que no merece consideración alguna.

De todo lo que hasta ahora hemos examinado, se puede entender que este libro fue compuesto a partir de sermones en los que el santo Doctor se dirigía a esa viuda que aspiraba a un segundo matrimonio: el cual, luego de ser recomendado por él mismo en letras, fue publicado no mucho después de los libros sobre las Vírgenes, es decir, después del año 377, como claramente declaró desde el inicio de la obra.

LIBRO ÚNICO DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE LAS VIUDAS. (C)

185 CAPÍTULO PRIMERO.

Después de haber tratado sobre las vírgenes, es oportuno tratar sobre las viudas, ya que el Apóstol las ha asociado con aquellas, como maestras de la virginidad y muy superiores a las casadas. ¡Cuán glorioso es para las viudas que Elías fuera enviado a una viuda! Pero no son dignas de alabanza a menos que imiten la virtud de esta, especialmente la hospitalidad. Se expone cuán grande fue esta virtud en esta mujer: pero primero se critica la avaricia de los hombres, quienes al apropiarse de lo común, se privaron de las promesas divinas.

1. Bien ha sucedido, hermanos, que ya que en los tres libros anteriores hemos disertado sobre las alabanzas de las vírgenes, haya surgido el tratado sobre las viudas; pues no debíamos pasarlas por alto sin honrarlas, ni separarlas del elogio de las vírgenes, a quienes la sentencia apostólica ha unido con las vírgenes, según está escrito: "La mujer no casada y la virgen piensan en las cosas del Señor, para ser santas en cuerpo y espíritu" (1 Cor. VII, 34). Pues de algún modo el magisterio de la virginidad se fortalece con los ejemplos de las viudas. Las que guardan el lecho casto con su esposo son un ejemplo para las vírgenes de que la integridad debe ser guardada para Dios. Y casi no es de menor virtud abstenerse de un matrimonio que alguna vez deleitó, que desconocer los placeres del matrimonio. En ambos casos son fuertes;

para que no se arrepientan del matrimonio al que guardan fidelidad, y no se aten a los placeres conyugales; para que no parezcan débiles, aquellas que no pueden valerse por sí mismas.

2. En esta misma virtud están reservadas las recompensas de la libertad: "La mujer está ligada mientras su marido vive; pero si su marido muere, está libre: que se case con quien quiera, solo en el Señor. Pero será más feliz si permanece así, según mi consejo; pues creo que también yo tengo el Espíritu de Dios" (1 Cor. VII, 39, 40). Evidentemente, el Apóstol ha expresado claramente la diferencia, al decir que una está ligada y otra es más feliz: y esto no tanto por su propio juicio como por la enseñanza extraída de la infusión del Espíritu divino; para que esta sentencia celestial no pareciera humana.

3. ¿Y qué decir de que en aquellos tiempos, cuando el hambre azotaba a toda la humanidad, Elías fue enviado a una viuda (1 Reyes XVII, 9)? Y mira cómo se reserva una gracia propia para cada uno: un ángel a una virgen, un profeta a una viuda (Lucas I, 27, 28). Añade que allí Gabriel, aquí Elías; para que parezca que se han elegido príncipes de entre los más excelentes de los ángeles y profetas. Pero no es simple la alabanza de la viudez, a menos que también se añada la virtud de la viudez. Pues ciertamente muchas viudas había antes, pero una se antepone a todas: en lo cual no se desanima a las demás del estudio, sino que se las provoca con el ejemplo de la virtud.

4. La introducción hace que los oídos estén atentos, aunque la simplicidad del entendimiento es en sí misma moral, que exhorta a las viudas al ejemplo de la virtud; porque no por la profesión, sino por el mérito, parece que cada una sobresale, y la gracia de la hospitalidad ante Dios no se pierde, quien recompensa con el premio de la eternidad el vaso de agua fría, como él mismo recordó en el Evangelio (Mateo X, 42), y compensa la medida de harina y aceite con la abundancia inagotable de copiosas bendiciones (1 Reyes XVII, 16). Pues si alguien de los gentiles dijo que todas las cosas deben ser comunes entre amigos; ¡cuánto más deben ser comunes entre parientes! Pues somos parientes, quienes estamos unidos en una sola serie de cuerpo.

5. Sin embargo, no estamos limitados por un cierto fin prescrito de hospitalidad. ¿Por qué considerarías propio lo que está en el mundo, cuando el mundo es común? ¿O por qué considerarías privados los frutos de la tierra, cuando la tierra es común? "Mirad", dice, "las aves del cielo, que no siembran, ni siegan" (Mateo VI, 26). Pues a quienes nada es propio, nada les falta: y el Dios que es árbitro de su sentencia sabe cumplir su promesa. Por lo tanto, las aves no recogen, y comen; porque el Padre celestial las alimenta. Pero nosotros, derivando las advertencias de la sentencia general a nuestros propios usos: "Todo árbol que tiene en sí fruto de semilla sembrada, será para vosotros como alimento, y para todas las bestias, y para todas las aves, y para todos los reptiles sobre la tierra" (Génesis I, 29, 30); necesitamos recoger, y recogiendo nos vaciamos. Pues no podemos esperar la promesa, quienes no guardamos el oráculo. Es saludable, por lo tanto, atender también al precepto de la hospitalidad, para que honremos a los huéspedes; porque nosotros también somos huéspedes del mundo.

6. ¡Cuán santa es la viuda que, aunque urgida por el hambre extrema, reservaba la veneración debida a Dios: y no usurpaba los alimentos solo para sí, sino que los dividía con su hijo para no sobrevivir a su querido hijo (1 Reyes XVII, 12 y ss.)! Gran deber de piedad, pero más abundante de religión. Pues así como no debía anteponerse nadie a su hijo, así el profeta de Dios debía anteponerse a su hijo y a su salvación. No se debe considerar que le dio un escaso

sustento, sino todo el sustento de su vida, quien no se dejó nada para sí: tan hospitalaria, que lo dio todo: tan fiel, que creyó rápidamente.

CAPÍTULO II.

Se transmiten los preceptos de la verdadera viuda según el Apóstol: a saber, que eduque a sus hijos, honre a sus padres, desee agradar a Dios, se muestre irreprochable, exhiba la madurez de sus méritos, haya estado unida a un solo marido; donde, sin embargo, niega que Pablo haya condenado las segundas nupcias: añade finalmente que deben tener una clara fama de virtudes entre todos. ¿Por qué deben evitarse las viudas jóvenes; y de qué manera es mejor casarse que arder? Finalmente, se declara aquí la dignidad de las viudas, ya que por las injurias infligidas a ellas se mueve gravemente la ira divina.

7. Por lo tanto, la viuda no se define solo por la abstinencia del cuerpo, sino que se designa por la virtud: a quien no doy yo los preceptos, sino que el Apóstol los otorga. No solo imparto honor, sino que el Doctor de las naciones lo confirmó primero diciendo: "Honra a las viudas que son verdaderas viudas. Pero si alguna viuda tiene hijos o nietos, aprenda primero a gobernar su casa, y a devolver el favor a sus padres" (1 Tim. V, 3, 4). De donde se advierte que la viuda debe tener ambos afectos de piedad, para que ame a sus hijos y honre a sus padres. Así, mientras devuelve el servicio a sus padres, ejerce el magisterio sobre sus hijos, y se recompensa a sí misma con su propio deber; ya que lo que otorga a otros le beneficia a ella misma.

8. Pues esto, dice, es acepto ante Dios (Ibid.); por eso, si piensas, viuda, en las cosas de Dios, debes seguir lo que has aprendido que agrada a Dios. Y arriba, el santo Apóstol, al exhortar a las viudas al estudio de la continencia, dijo que piensan en las cosas del Señor (1 Cor. VII, 34). Pero en otro lugar, donde se elige a la viuda que ha sido probada, no solo se le manda pensar, sino también esperar en el Señor: "La que es verdaderamente viuda y desolada, espere en Dios, y persevere en súplicas y oraciones día y noche" (1 Tim. V, 5). Y no sin razón muestra que estas deben ser irreprochables, a quienes se les indica la obra de la virtud, así como se les confiere una amplia honorificencia, para que incluso sean honradas por los obispos.

9. Pero ¿cómo debe ser elegida? El mismo Doctor lo describe: "No menos de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido" (Ibid., 9). No porque solo la vejez haga a la viuda, sino porque los méritos de la viudez son el salario de la vejez. Pues ciertamente es más ilustre aquella que doma el calor de la juventud y el ardor de la edad joven, sin desear la gracia del marido ni los más abundantes placeres de los hijos: que aquella que, ya agotada en cuerpo, fría por la vejez, madura en edad, no puede arder en placeres ni esperar en el parto.

10. Sin embargo, si alguna ha caído en segundas nupcias, que ciertamente los preceptos apostólicos no condenan, no se le impide el afecto de la viudez, como si hubiera abandonado el fruto del pudor, si nuevamente queda libre del marido. Tendrá ciertamente el mérito de una castidad tardía, pero será más probada aquella que no haya experimentado el matrimonio de otro; pues en aquella resalta el estudio de la castidad: a esta, o la vejez o el pudor parece haberle puesto un límite para casarse.

11. Pero no solo la castidad del cuerpo es la fortaleza de la viuda, sino una gran y abundante disciplina de virtud: "Que tenga testimonio en buenas obras, si ha criado hijos, si ha hospedado, si ha lavado los pies de los santos, si ha asistido a los afligidos, si finalmente ha seguido toda buena obra" (Ibid. 10). Ves cuántas disciplinas de virtudes ha comprendido:

primero, el deber de piedad: segundo, el estudio de la hospitalidad y el servicio de humildad: tercero, el ministerio de misericordia y el subsidio de liberalidad: en suma, ha exigido la ejecución de toda buena obra.

12. Y por eso cree que las más jóvenes deben evitarse (Ibid., 11), porque no pueden cumplir con tanta virtud. Pues la juventud está cercana a las caídas, porque se inflama con el ardor de los deseos de la edad que arde con el calor de diversas pasiones: y es propio de un buen maestro alejar la materia del pecado. La primera disciplina de la institución es evitar la culpa, la segunda es infundir virtud. Sin embargo, aunque el Apóstol sabía que Ana, desde su juventud, fue una viuda octogenaria que fue anunciadora de las obras del Señor (Lucas II, 36, 37), no creo que pensara que las más jóvenes debían ser apartadas del afecto de la viudez, especialmente cuando dijo: "Es mejor casarse que arder" (1 Cor. VII, 9). Pues ciertamente aconsejó el matrimonio como remedio, para que se cure lo que está por perecer: no lo prescribió como elección, para que la continencia no siga a la castidad; pues una cosa es socorrer al que cae, otra es aconsejar la virtud.

13. ¿Y qué decir de los juicios humanos, cuando se dice que los judíos nunca ofendieron más gravemente al Señor en los juicios divinos que al violar la gracia de la viuda y los derechos de los menores? Esta es la causa que se clama en las voces proféticas, que trajo el mérito de la reprobación a los judíos. Esta sola causa se menciona como capaz de mitigar la envidia del delito si se honra a la viuda y se otorga justicia equitativa a los menores; pues así tienes: "Juzgad al huérfano, y justificad a la viuda; y venid, disputemos, dice el Señor" (Isaías I, 17, 18). Y en otro lugar: "El Señor sostiene al huérfano y a la viuda" (Salmo CXLV, 9). Y en otro lugar: "Bendiciendo, bendeciré a su viuda" (Salmo CXXXI, 15). En lo cual también se prefigura la figura de la Iglesia. Veis, por lo tanto, santas viudas, que no debéis abandonar con un estudio resbaladizo el oficio que se honra con los auxilios de la bendición divina.

CAPÍTULO III.

Vuelve a la viuda de Sarepta, en la que muestra que existió la figura de la Iglesia, y lo confirma con el testimonio de Isaías; de donde deduce que en ella hay un ejemplo para vírgenes, casadas y viudas. Volviendo al profeta, dice que en él también se significó a Cristo, quien prometió los misterios divinos y la futura irrigación de la lluvia. También se refiere y explica el doble signo de Gedeón. De los cuales deduce que no es de cualquiera hacer milagros, y que allí se adumbra la encarnación de Cristo y la abdicación de los judíos.

14. ¿Y qué decir de que, para volver a lo anterior, cuando había una gran hambre en toda la tierra; sin embargo, la viuda no careció del cuidado de Dios, y el profeta fue enviado a ella para alimentarla (1 Reyes XVII, 14)? En lo cual, cuando el Señor me advierte (Lucas IV, 25), que va a decir la verdad, parece que quiere atraer los oídos al misterio. Pues ¿qué puede ser más verdadero que el misterio de Cristo y la Iglesia? No se prefiere ociosamente entre muchas viudas a una sola. Pues ¿quién es tal, a quien se envía un profeta tan grande, que fue arrebatado al cielo, especialmente en el tiempo cuando el cielo estuvo cerrado por tres años y seis meses, cuando hubo una gran hambre en toda la tierra? Por lo tanto, había hambre en todas partes, y sin embargo, esta viuda no carecía. ¿Quiénes son estos tres años? Tal vez aquellos en los que el Señor vino a la tierra, y no pudo encontrar fruto en la higuera, según está escrito: "He aquí, tres años son, desde que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo hallo" (Lucas XIII, 7).

15. Esta es ciertamente aquella viuda de la que se dijo: Alégrate, estéril que no das a luz, rompe y clama, tú que no tienes dolores de parto; porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isaías 54, 1). Y bien viuda, a quien se le dice: No te acordarás de la vergüenza y de tu viudez; porque yo soy el Señor que te hago (Ibid., 4, 5). Y tal vez por eso es viuda, que perdió al marido, según la pasión del cuerpo; pero en el día del juicio, al Hijo del Hombre que pareció haber perdido, lo recuperará: Porque por un breve tiempo, dice, te dejé (Ibid., 7); para que, abandonada, guardara la fe más gloriosamente.

16. Tienen, pues, todos un ejemplo que imitar, vírgenes, casadas y viudas. Y tal vez por eso la Iglesia es virgen, casada, viuda; porque son un solo cuerpo en Cristo. Esta es, por tanto, aquella viuda, por la cual, cuando había sequedad de la palabra celestial en la tierra, fueron enviados los profetas; era viuda, que era estéril, pero reservaba el parto para su tiempo.

17. Por eso tampoco nos parece mediocre la persona de aquel que regó la tierra seca con el rocío celestial de la palabra, y ciertamente no con poder humano abrió el cielo cerrado. ¿Quién es el que puede abrir el cielo, sino Cristo, a quien diariamente de los pecadores se congrega el alimento, el cúmulo de la Iglesia? Porque no es de facultad humana decir: La tinaja de harina no se agotará, y el vaso de aceite no se agotará hasta el día en que el Señor dé lluvia sobre la tierra (1 Reyes 17, 14). Pues aunque sea costumbre de los profetas hablar así, sin embargo, esta es la verdadera voz de Dios. Por eso se ha dicho antes: Porque así dice el Señor (Ibid.); porque es del Señor prometer la perpetuidad de los sacramentos celestiales, y prometer que no faltará la gracia de la exultación espiritual, otorgar los medios de vida, los signos de la fe, los dones de las virtudes.

18. ¿Qué significa: Hasta el día en que el Señor dé lluvia sobre la tierra (Ibid.); sino que también descenderá como lluvia sobre el vellón, y como gotas que destilan sobre la tierra (Salmo 72, 6)? En esto se revela el misterio de la historia antigua, donde el santo Gedeón, luchador de la batalla mística, captando el signo de la futura victoria, reconoció con vigor de mente el sacramento espiritual, que aquella lluvia era el rocío del Verbo divino: que primero llovió sobre el vellón, cuando toda la tierra ardía en sequedades perpetuas: pero en el segundo signo, empapó con lluvia derramada toda la era de la tierra, cuando había sequedad en el vellón (Jueces 6, 77 y ss.).

19. Pues el hombre previsor advirtió el signo de la futura Iglesia creciente. Porque primero dentro de Judea comenzó a humedecerse el rocío del divino discurso (pues conocido es Dios en Judea (Salmo 75, 2)) cuando toda la tierra permanecía árida en la fe. Pero cuando los rebaños de José comenzaron a negar a Dios, y con audacia variada de delitos enormes a contraer la ofensa de la divinidad, entonces por todas las tierras, con el rocío de la lluvia celestial derramada, el pueblo de los judíos comenzó a secarse en el ardor de su infidelidad, mientras la santa Iglesia, congregada de todas las partes de la tierra, era regada por las nubes proféticas y la lluvia apostólica salvadora. Esta es aquella lluvia no condensada por la humedad de las tierras, ni por la nebulosidad de los montes, sino difundida por todo el orbe con la saludable lluvia de las Escrituras celestiales.

20. Se muestra, por tanto, con el ejemplo que no todos merecen los milagros del poder divino, sino aquellos a quienes los estudios de devoción religiosa apoyan: y que son rechazados del fruto de la obra divina aquellos que carecen de reverencia celestial. Se muestra también en el misterio, que para restaurar la Iglesia, el Hijo de Dios asumió los sacramentos del cuerpo humano, rechazado el pueblo de los judíos, a quienes se les quitaron los milagros del Señor, porque con una cierta mancha cívica de envidia no quisieron creer en el Hijo de Dios.

CAPÍTULO IV.

Qué tipo de vida deben llevar las viudas, se muestra con el ejemplo de Ana: quien en cada una de sus edades demostró ser un ejemplo de castidad. De esto se establece que hay tres grados de la misma virtud, que la Iglesia abarca todos, y también se proponen ejemplos en María, en Ana y en Susana. Sin embargo, se añade que el estado de virginidad es superior a los otros dos, pero que la viuda debe tener mayor cuidado en preservar su fama.

21. La Escritura ha enseñado cuánta gracia confiere la entrega, cuánto es también el don de la bendición divina en las viudas. A quienes, puesto que se les confiere tanta honorabilidad de parte de Dios, es necesario considerar qué tipo de vida debe corresponderles; pues Ana enseña cómo deben ser las viudas, quien, despojada por la muerte prematura de su marido, encontró sin embargo la recompensa de la alabanza madura: no menos atenta al deber de la religión que al estudio de la castidad. Viuda, dice, de ochenta y cuatro años, viuda que no se apartaba del templo, viuda que servía con ayunos y súplicas día y noche (Lucas 2, 36, 37).

22. Ves qué tipo de viuda se proclama, esposa de un solo hombre, probada ya por el avance de la edad, viva para la religión, y ya agotada en el cuerpo: cuyo refugio está en el templo, su conversación en la oración, su vida en el ayuno: que en los tiempos de los días y las noches, con el servicio de una devoción incansable, aunque reconocía la vejez del cuerpo, sin embargo, no conocía la edad de la piedad. Así se instruye desde la juventud la viuda, así se proclama en la vejez veterana: que guardó la viudez no por ocasión del tiempo, no por debilidad del cuerpo, sino por magnanimidad de la virtud. Pues cuando dice que estuvo siete años con su marido desde su virginidad, ciertamente proclama que desde los estudios de la adolescencia comenzó los auxilios de la vejez.

23. Se nos enseña, por tanto, que hay una triple virtud de castidad: una conyugal, otra de viudez, la tercera de virginidad; no proclamamos una para excluir a las otras. Estas conducen a sus respectivas profesiones. En esto la disciplina de la Iglesia es opulenta, porque tiene a quienes preferir, no tiene a quienes rechazar; y ojalá nunca pueda tenerlos. Así, pues, hemos proclamado la virginidad, para no rechazar a las viudas: así honramos a las viudas, para que su honor se reserve al matrimonio. No lo enseñan nuestros preceptos, sino los testimonios divinos.

24. Recordemos, por tanto, cómo se alaban a María, a Ana, a Susana. Pero puesto que no solo deben proclamarse sus alabanzas, sino que también deben seguirse sus disciplinas, recordemos dónde se encontraron Susana (Daniel 13, 7), Ana (Lucas 2, 38), María (Lucas 1, 28): y observemos cómo cada una se proclama con alabanzas adecuadas, y dónde habitan: casada en el paraíso, viuda en el templo, virgen en el secreto.

25. Pero en ellas el fruto es más tardío, en la virgen más maduro: aquellas las prueba la vejez, la virginidad es la alabanza de la edad; no busca los auxilios de los años, que es el fruto de todas las edades. Conviene a la adolescencia, adorna la juventud, amplifica la vejez: y en toda edad tiene las canas de su justicia, la madurez de la gravedad, el velo del pudor, que no impida la devoción, aumente la religión. Observamos, pues, por lo que sigue, que cada año en el día solemne de la Pascua, la santa María con José iba a Jerusalén (Lucas 2, 41). En todas partes la devoción incansable, en todas partes se une al pudor el compañero constante de la Virgen. Ni se enorgullece la madre del Señor, como segura de sus méritos: sino que cuanto más reconoce el mérito, tanto más abundantemente cumple el voto, más copiosamente ofrece el servicio, más religiosamente lleva el don, cumple el tiempo místico.

26. Cuánto más, pues, os conviene a vosotras estar atentas al estudio de la castidad, para que no dejéis lugar a la opinión adversa, que tenéis el testimonio de la castidad solo en las costumbres. Pues la virgen, aunque en ella también es mayor la prerrogativa de las costumbres que del cuerpo, sin embargo, rechaza la calumnia con la integridad de la carne; la viuda, que ha perdido el auxilio de la virginidad probada, no tiene el examen de la castidad en la voz de la partera, sino en sus costumbres. La Escritura ha enseñado, por tanto, cuán atento y religioso debe ser el afecto de la viuda.

CAPÍTULO V.

Se propone el ejemplo de liberalidad hacia los pobres en la viuda evangélica, cuyos dos céntimos se muestran ser superiores a las más generosas donaciones de los ricos. También se enseña que en estos dos céntimos están sellados ambos Testamentos. ¿Cuál es ese tesoro del que, siguiendo el ejemplo de los magos, se nos manda extraer tres dones, o, a semejanza de la viuda evangélica, dos monedas? Después de esto, sigue una exhortación para inflamar a las viudas en el estudio de las buenas obras.

27. También enseñó en el mismo libro, pero en otro lugar, cuán misericordiosa y liberal debe ser hacia los pobres, y que no debe ser disuadida por la contemplación de la pobreza; porque la liberalidad no se define por la acumulación del patrimonio, sino por el afecto de la generosidad. En efecto, aquella viuda es preferida a todos por la voz del Señor, de quien se dijo: Esta viuda ha echado más que todos (Lucas 21, 3). En esto, moralmente, el Señor instruye a todos, para que nadie se retraiga de la contribución del ministerio por vergüenza de la pobreza: ni los ricos se jacten de que parecen dar más que los pobres. Pues es más abundante la moneda del poco, que el tesoro del mucho; porque no se mide cuánto se da, sino cuánto queda. Nadie da más que quien no se deja nada.

28. ¿Por qué te jactas, rico, en comparación con el necesitado; y cuando estás cargado de oro, arrastrando por el suelo una vestidura preciosa, deseas ser honrado como inferior a tus riquezas, porque has vencido al pobre en la contribución? Y los ríos desbordan cuando rebosan; sin embargo, es más grato el sorbo del arroyo. También los mostos espuman mientras fermentan, y el agricultor no considera pérdida lo que se ha derramado. Gimen las eras mientras se siega la cosecha, los granos saltan: pero cuando las cosechas escasean, no falta la tinaja de harina, y el vaso de aceite suda. Sin embargo, la sequedad agotó las cubas de los ricos, cuando el pequeño recipiente de la viuda rebosó (1 Reyes 17, 15). No se debe, pues, considerar lo que se desprecia con desdén, sino cuánto se ofrece con devoción. En efecto, nadie dio más que aquella que alimentó al profeta con los alimentos de sus hijos. Y por eso, porque nadie dio más, nadie mereció más. Esto moralmente.

29. Pero tampoco desprecies místicamente a esta mujer que echó dos monedas en el arca del tesoro. Gran mujer, ciertamente, que mereció ser preferida a todos por el juicio divino. No sea que ella sea la que, de su fe, haya contribuido con los dos testamentos para el auxilio de los hombres; y por eso nadie hizo más. Y nadie pudo igualar la cantidad de su contribución, que unió la fe con la misericordia. Y tú, por tanto, cualquiera que ejerzas la vida con el estudio de la viudez, no dudes en llevar al arca del tesoro dos monedas, llenas de fe o de gracia.

30. Feliz aquella que de su tesoro presenta la imagen íntegra del Rey. Tu tesoro es la sabiduría, tu tesoro es la castidad y la justicia, tu tesoro es el buen entendimiento: como aquel tesoro fue, del cual los hombres magos, cuando adoraron al Señor, ofrecieron oro, incienso y mirra (Mateo 2, 11): declarando con el oro el poder del rey, venerando a Dios con el incienso,

confesando la resurrección del cuerpo con la mirra. Tienes también tú este tesoro, si lo buscas en ti: Porque tenemos este tesoro en vasos de barro (2 Corintios 4, 7). Tienes oro que ofrecer; pues Dios no exige de ti el precio del metal resplandeciente, sino aquel oro que en el día del juicio el fuego no pueda consumir. Ni pide dones preciosos, sino el aroma de la fe, que exhale los altares de tu corazón, y que el afecto de la mente religiosa exhale.

31. De este tesoro, por tanto, no solo se extraen los tres dones de los magos, sino también las dos monedas de la viuda, en las que resplandezca la imagen íntegra del rey celestial, el esplendor de su gloria, y la imagen de su sustancia. Buenas y laboriosas son ciertamente las recompensas de la castidad, que de su obra, y del trabajo diario, ofrece la viuda, ejercitándose en los tiempos nocturnos y diurnos con el trabajo vigilante de la castidad lucrativa; para que guarde el lecho intachable del esposo difunto, pueda alimentar a los dulces hijos, servir a los pobres. Esta es preferible a los ricos: esta es la que no temerá el juicio de Cristo.

32. Emuladla, hijas: Porque es bueno emular en lo bueno. Emulad los mejores carismas (Gálatas 4, 18). El Señor os observa siempre; os observa, digo, Jesús, cuando se acerca al arca del tesoro, y pensáis que la limosna de las buenas obras debe conferirse a los necesitados. ¡Cuánto es, pues, que ofrezcas tus monedas, y adquieras el cuerpo de Cristo! No salgas, pues, vacía ante la presencia del Señor tu Dios, vacía de misericordia, vacía de fe, vacía de castidad; porque el Señor no está acostumbrado a mirar a los vacíos, sino a alabar a los llenos de virtudes. Que te vea, joven, trabajando, que te vea sirviendo. Esta es la recompensa que debes a Dios, para que también de los progresos de otras ofrezcas tu recompensa a Dios. Ninguna recompensa es mejor para Dios que aquella que tiene los dones de la piedad.

CAPÍTULO VI.

Se presenta el ejemplo de Noemí, viuda que obtiene fruto de la nuera instruida por ella en la virtud. De aquí se deduce que nunca faltarán los auxilios necesarios a la buena viuda. Que si su vida parece más triste, entonces es más bienaventurada, cuando a ella le son prometidas las alegrías por el Señor: en este lugar se discute algo sobre la utilidad de las lágrimas.

33. ¿O acaso te parece mediocre aquella viuda Noemí, que sustentaba su viudez con los manojos de la mies ajena, a quien la nuera alimentaba en su vejez (Rut 2, 2 y ss.)? Pues esto también contribuye al auxilio y a la gracia de las viudas, para que así instruyan a sus nueras, que puedan tener en ellas el auxilio de la vejez madura; y como recompensa del magisterio, también obtener la recompensa de su enseñanza. Pues quien haya instruido bien, haya educado bien a su nuera, Ruth no podrá faltarle, quien prefiera la viudez de su suegra a la casa paterna: y si también su marido ha muerto, no la abandone, alimente a la indigente, consuele a la afligida, y no se marche dejándola: pues la mejor enseñanza no sabe carecer. Así aquella Noemí, privada de dos hijos y del marido, que había perdido los frutos de la fecundidad, no perdió las ganancias de la piedad; pues encontró tanto el consuelo del dolor como el auxilio de la pobreza (Rut 1, 5).

34. Veis, pues, santas mujeres, cuán fecunda es la viuda en la prole de las virtudes, en la descendencia de sus méritos, que no puede perecer. La buena viuda, por tanto, no sabe carecer: y si está fatigada por la edad, y en la extrema pobreza, sin embargo, suele tener la recompensa de su enseñanza. Aunque falten los parientes, encuentra sin embargo a los extraños que la honren como madre, la reverencien como pariente, y con pequeños gastos de alimentos deseen adquirir la recompensa de su recomendación; pues los méritos de la viuda devuelven más. Pues busca alimentos, gasta sumas.

35. Pero parece llevar días tristes, y pasar el tiempo en lágrimas. Esto es más bienaventurado, porque se compra para sí las alegrías perpetuas con pequeños llantos, y con breves momentos adquiere tiempos eternos. A quienes bien se les dice: Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán (Lucas 6, 21). ¿Quién, pues, preferirá las falsas imágenes de los gozos presentes a la seguridad futura de la felicidad? ¿O nos parece despreciable el autor, aquel elegido autor del cuerpo del Señor, que comía ceniza como pan, y mezclaba su bebida con llanto, y con lágrimas vespertinas adquiría para sí la alegría de la redención matutina (Salmo 102, 10)? ¿De dónde, pues, mereció alegrarse mucho, sino porque lloró mucho, y como si con el precio de sus lágrimas adquirió para sí la gracia de la futura gloria?

36. Tiene, pues, la viuda buena materia de recomendación, para que mientras llora al marido, llore al mundo: y estén a mano las lágrimas redentoras, mientras se derraman por los muertos, que serán útiles a los vivos. Está preparado para la tristeza del alma el llanto de los ojos: concilia la misericordia, disminuye el trabajo, alivia el dolor, guarda el pudor; y ya no se considera miserable, quien tiene consuelo en las lágrimas, en las que están las recompensas de la caridad y los oficios de la piedad.

CAPÍTULO VII.

Se muestra que no falta la fortaleza a las viudas en Judit: cuya vestimenta y ayunos se recuerdan, se describe su preparación contra Holofernes. Cuánta fue su castidad, y cuánta sabiduría en idear un piadoso engaño: cuánta también templanza y sobriedad. Al final, se demuestra que no resplandece en ella más la alabanza de la fortaleza que la de la prudencia, se declara su suma modestia en tanto éxito.

37. Pero tampoco suele faltar la fortaleza a la buena viuda. Esta es la verdadera fortaleza, que transgrede el uso de la naturaleza, la debilidad del sexo, con la devoción de la mente: como fue en aquella que tenía por nombre Judit, que pudo sola revocar de la ruina a los hombres quebrantados por el asedio, aterrados por el miedo, consumidos por el hambre, y defenderlos del enemigo. Pues ella, como leemos, cuando Holofernes, terrible por el éxito de muchas batallas, había reunido dentro de los muros a innumerables millares de hombres, mientras los armados temían, y ya trataban sobre la extrema suerte, salió fuera del muro: y más excelente que aquel ejército que liberó; y más fuerte que aquel que hizo huir (Judit 8, 6 y ss.).

38. Pero para que aprendas el afecto de la viudez madura, sigue la misma serie de las Escrituras. Desde los días de su marido, en los que él murió, dejó la vestimenta de alegría, asumió la de luto: todos los días dedicada al ayuno, solo el sábado, y el domingo y en los tiempos de las fiestas sagradas, no entregándose a la refección, sino dedicándose a la religión. Esto es, ya sea que comáis, ya sea que bebáis, todo debe hacerse en el nombre de Jesucristo (1 Corintios 10, 31); para que incluso la misma refección corporal se dedique al culto de la religión sagrada. Fortalecida, pues, por los largos lutos y los ayunos cotidianos, la santa Judit (Judit 10, 3 y ss.) que no busca los placeres del mundo, negligente del peligro, más fuerte por el desprecio de la muerte; para tramar los engaños, se vistió con aquella vestimenta de alegría, con la que, viviendo su marido, solía vestirse: como si fuera a agradar a un hombre, si liberaba a su patria. Pero veía a otro hombre, a quien buscaba agradar; aquel, ciertamente, de quien se dijo: Detrás de mí viene un hombre, que ha sido hecho antes que yo (Juan 1, 30). Y bien, al ir a luchar, retomó los adornos conyugales; porque los recuerdos del matrimonio son armas de castidad: pues una viuda no podría agradar ni vencer de otra manera.

39. ¿Por qué seguir con lo demás, que permaneció casta entre millares de enemigos? ¿Por qué alabar su sabiduría, que ideó un consejo de tal tipo? Eligió a un poderoso, para que la intemperancia de un inferior no la apartara, preparó la ocasión de la victoria. Reservó el mérito de la abstinencia, la gracia de la castidad. Pues no fue manchada, como leemos, ni por la comida, ni por el adulterio, no menor triunfo de la castidad guardada obtuvo de los enemigos, que de la patria liberada (Judith 12, 1 y ss.).

40. ¿Qué puedo decir sobre la sobriedad? La templanza es una virtud de las mujeres. Cuando los hombres están embriagados con vino y sepultados en el sueño, una viuda tomó la espada, extendió su mano, cortó la cabeza del guerrero y, sin mancha, avanzó por medio de las filas enemigas (Judith XIII, 4 y ss.). ¿Os dais cuenta, entonces, de cuánto puede perjudicar a las mujeres la embriaguez, cuando el vino debilita tanto a los hombres que son vencidos por las mujeres? Sé, pues, viuda, temperante: casta primero del vino, para que puedas ser casta del adulterio. No te tentará aquel si no te tienta el vino. Pues si Judith hubiera bebido, habría dormido con el adúltero. Pero como no bebió, la sobriedad de una sola pudo vencer y burlar a los ejércitos ebrios.

41. No solo fue obra de su mano derecha, sino que los trofeos de la sabiduría fueron mucho mayores. Pues aunque venció a Holofernes solo con su mano, con su consejo venció a todo el ejército enemigo (Judith XIV, 1 y ss.). Al exhibir la cabeza de Holofernes, lo que no pudo ser concebido por el consejo de los hombres, levantó los ánimos de los suyos y quebró a los enemigos: animando a los suyos con vergüenza y aterrizando a los enemigos; y así fueron derrotados y puestos en fuga. Así, la templanza y sobriedad de una sola viuda no solo venció su propia naturaleza, sino que, lo que es más, hizo a los hombres aún más fuertes (Judith XV, 1 y ss.).

42. Sin embargo, no se enalteció con estos éxitos, a quien ciertamente le era lícito alegrarse y exultar con razón de la victoria, no abandonó el deber de la viudez: sino que, despreciando a todos los que codiciaban su matrimonio, dejó el vestido de alegría y retomó el de viudez: y no amó los ornamentos de sus triunfos, considerando que eran mejores aquellos con los que se vencen los vicios del cuerpo que aquellos con los que se vencen las armas de los enemigos (Judith XVI, 26 y ss.).

CAPÍTULO VIII.

El hombre santo afirma que han existido muchas otras viudas que se acercaron a Judith en virtud, pero que ahora hablará solo de Débora. Cuántos ejemplos dejó a las viudas, a quienes los hombres eligieron para ser gobernados y defendidos. También se derivó su mayor gloria del hecho de que puso a su hijo, a quien había instruido, al frente de la guerra, y este se negó a llevar las tropas si ella no estaba presente. Así, ella dirigió el ejército y predijo el resultado de la guerra; en ella se designaron las luchas y triunfos de la Iglesia, así como las armas espirituales: históricamente, se eliminan todas las excusas de debilidad para las mujeres.

43. Y para que no parezca que solo una viuda realizó esta obra inimitable, no cabe duda de que hubo muchas otras de virtud similar o cercana; pues una buena cosecha suele producir muchas espigas llenas de fruto. No dudes que aquella cosecha de tiempos antiguos fructificó en las costumbres de muchas mujeres. Pero como sería extenso abarcar a todas, conozcan a algunas, y especialmente a Débora, cuya virtud nos ha revelado la Escritura (Jueces IV, 4).

44. Ella enseñó no solo que las viudas no necesitan la ayuda de un hombre, sino que también pueden ser un apoyo para los hombres: que, sin ser detenida por la debilidad de su sexo, asumió y cumplió las tareas de los hombres. Así, cuando los judíos eran gobernados por el juicio de los jueces, porque no podían ser gobernados con equidad viril ni defendidos con virtud, con guerras ardiendo por doquier, eligieron a Débora para ser gobernados por su juicio. Así, una sola viuda gobernó en paz a muchos miles de hombres y los defendió del enemigo. Muchos jueces hubo en Israel, pero ninguna mujer juez antes: muchos jueces después de Josué, pero ningún profeta. Y por eso creo que su juicio es digno de ser leído, y sus hechos dignos de ser descritos; para que las mujeres no sean apartadas del deber de la virtud por la debilidad de su sexo. Una viuda gobierna pueblos, una viuda dirige ejércitos, una viuda elige líderes, una viuda dispone guerras, ordena triunfos. Por lo tanto, la naturaleza no es culpable de la falta, ni está sujeta a la debilidad: no es el sexo, sino la virtud, lo que hace a los valientes.

45. Y en paz no se encuentra ninguna queja, ningún error de la mujer: mientras que muchos jueces fueron autores de no mediocres pecados para su pueblo. Pero cuando los cananeos, un pueblo feroz en la batalla y rico en recursos, levantaron sus ánimos hostiles contra el pueblo de los judíos, una viuda, más que los demás, preparó los preparativos bélicos. Y para que aprendas que no fueron las fuerzas públicas las que sustentaron las necesidades domésticas, sino que el deber público fue gobernado por disciplinas domésticas, desde su propia casa produjo a su hijo como líder del ejército, para que reconozcas lo que puede una viuda instruir a un guerrero: a quien como madre educó, como juez puso al frente, como fuerte instruyó, como profetisa transmitió la certeza de la victoria (Jueces IV, 6).

46. Finalmente, Barac, el hijo, enseña que la victoria estuvo en manos de una mujer, diciendo: "Si no vienes conmigo, no iré; porque no conozco el día en que el Señor envía a su ángel conmigo" (Jueces IV, 9). ¿Cuánta, entonces, es la virtud de esta mujer, a quien el líder del ejército dice: "si no vienes, no iré"? ¿Cuánta, digo, es la fortaleza de la viuda, que no retira a su hijo de los peligros por afecto materno; más bien, lo exhorta a la victoria con el celo de una madre, diciendo que en manos de una mujer está la suma de la victoria?

47. Débora, entonces, profetizó el resultado de la batalla, Barac, bajo su mandato, sacó al ejército: Jael obtuvo el triunfo; pues esta profecía en Débora militó, que mística nos reveló el surgimiento de la Iglesia que habría de levantarse de entre las naciones, a la que se buscaría el triunfo sobre Sísara espiritual, es decir, sobre las potestades adversarias. Así, para nosotros lucharon los oráculos de los profetas, para nosotros esas sentencias y armas de los profetas vencieron. Y por eso no fue el pueblo de los judíos, sino también Jael quien buscó la victoria sobre el enemigo. Infeliz, entonces, el pueblo que no pudo perseguir con la virtud de la fe al enemigo que había puesto en fuga. Así, por la falta de ellos, la salvación para las naciones: por su desidia, la victoria nos fue reservada.

48. Jael, entonces, derribó a Sísara, a quien, sin embargo, la mano de los antiguos judíos había puesto en fuga con un líder brillante, pues eso significa la interpretación de Barac; pues frecuentemente, como leemos, las oraciones y méritos de los profetas trajeron auxilios celestiales a los Padres. Pero ya entonces se preparaba la victoria sobre las iniquidades espirituales, a quienes se dice en el Evangelio: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo XXV, 34). Así, el principio de la victoria de los mayores, el fin en la Iglesia.

49. La Iglesia, sin embargo, no vence a las potestades adversarias con armas seculares, sino con armas espirituales, que son poderosas en Dios para destruir fortalezas y la altitud de la

iniquidad espiritual (II Cor. X, 5). Y por eso la sed de Sísara se apaga con un vaso de leche (Jueces IV, 19), porque se supera con razón; pues lo que para nosotros es saludable como alimento, para la potestad adversaria es letal para la debilidad. Las armas de la Iglesia son la fe, las armas de la Iglesia son la oración, que vence al adversario.

50. Así, según la historia, para provocar los ánimos de las mujeres, una mujer juzgó, una mujer dispuso, una mujer profetizó, una mujer triunfó, y mezclada entre las tropas de combate, enseñó a los hombres a luchar bajo el mando femenino. Según el misterio de la fe, la milicia de la Iglesia es la victoria.

51. No tenéis, pues, mujeres, excusa por naturaleza. No tenéis, viudas, que referir vuestra movilidad a la debilidad del sexo o a la pérdida del apoyo marital. Hay suficiente protección para cada una si no falta la virtud del alma. Y el mismo progreso frecuente en las viudas es un amparo de pudor; y el mismo dolor por el esposo perdido, el uso del trabajo, el cuidado del hogar, la preocupación por los hijos, suele alejar la lascivia nociva para el pudor: y el mismo hábito de luto, la pompa fúnebre, el llanto continuo, y la tristeza impresa en las arrugas de la frente afligida, reprimen los ojos de los insolentes, extinguen las lujurias, apartan las miradas procaces. Buen guardián del pudor es el dolor de la piedad: no se infiltra la culpa si no falta el cuidado.

CAPÍTULO IX.

A las que dicen que les iría mejor si abundaran en éxitos felices, responde mostrando que en las Sagradas Escrituras hay ayudas para las viudas en los hijos y los yernos: lo cual, después de ser confirmado con el ejemplo de la suegra de Simón, exhorta a que acudan a los Apóstoles como a los más cercanos y afines; donde diserta bellamente sobre la invocación de los santos. Después de refutar algunas quejas sobre la soledad y la necesidad de conservar el patrimonio, demuestra que es indecoroso que una viuda que ya tiene hijas casaderas o ya casadas, vuelva a casarse.

52. Habéis aprendido, pues, viudas, que no necesitáis el apoyo de la naturaleza, y que podéis mantener la salud del consejo: ni necesitáis el apoyo doméstico, que incluso podéis reclamar el ápice del poder público.

53. Pero tal vez alguna diga que la viudez es tolerable para quien le fluyen las cosas favorables: pero que las viudas se quiebran rápidamente con las adversidades, cediendo fácilmente. De lo cual, aunque nos enseñe la experiencia misma, que las cosas alegres son más resbaladizas que serias para las viudas; sin embargo, nos instruimos con ejemplos de las Escrituras (I Tim. V, 16), que las ayudas no suelen faltar a las debilidades de las viudas: y que más fácilmente que a las demás, se les proporcionan ayudas divinas y humanas, si educan bien a sus hijos, eligen buenos yernos. Finalmente, cuando la suegra de Simón estaba detenida por grandes fiebres, Pedro y Andrés rogaron a Dios por ella: "Y estando sobre ella, reprendió a la fiebre, y la dejó, y al instante levantándose, les servía" (Lucas IV, 38, 39).

54. "Estaba detenida por grandes fiebres, y rogaron por ella". Y tú tienes cercanos que pueden suplicar por ti. Tienes a los apóstoles cercanos, tienes a los mártires cercanos, si en la misma sociedad de devoción a los mártires, también te acercas con las obras de misericordia, pues cercano es quien hace misericordia. Haz tú también misericordia, y serás cercana a Pedro (Lucas X, 37). No es la relación de sangre, sino la afinidad de virtud la que hace a los cercanos; porque no caminamos en la carne, sino en el espíritu. Ama, pues, la cercanía de Pedro, la afinidad de Andrés; para que rueguen por ti, y se alejen tus deseos. Tocada por la

Palabra de Dios, te levantarás de inmediato, tú que yacías en la tierra, para servir a Cristo. Pues nuestra conversación está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesús (Filip. III, 20). Nadie que yace sirve a Cristo. Sirve al pobre, y has servido a Cristo: "Porque lo que hicisteis a uno de estos, a mí me lo hicisteis" (Mateo XXV, 40). Tenéis, pues, viudas, ayuda, si elegís tales yernos, tales protectores para vuestra posteridad, tales cercanos.

55. Así que Pedro y Andrés rogaron por la viuda. Ojalá hubiera alguien que pudiera rogar tan pronto por nosotros, o al menos estos que rogaban por la suegra, Pedro y Andrés su hermano; pues entonces podían hacerlo por un pariente, ahora ya pueden interceder por nosotros y por todos. Veis, pues, que quien está sujeta a un gran pecado, es menos idónea para rogar por sí misma, ciertamente para obtener por sí misma. Por lo tanto, que otros intercesores sean llevados al médico. Pues los enfermos, a menos que el médico sea invitado por las súplicas de otros, no pueden rogar por sí mismos. La carne es débil, la mente está enferma, y atada por las cadenas de los pecados, no puede extender su débil paso hacia la sede de aquel médico. Deben ser suplicados los ángeles por nosotros, que nos han sido dados para protección: deben ser suplicados los mártires, de quienes parecemos reclamar el patrocinio con cierta prenda corporal. Pueden rogar por nuestros pecados, quienes con su propia sangre, incluso si tuvieron pecados, los lavaron; pues estos son los mártires de Dios, nuestros protectores, los vigilantes de nuestra vida y acciones. No nos avergoncemos de emplearlos como intercesores de nuestra debilidad, porque ellos conocieron las debilidades del cuerpo, incluso cuando las vencieron.

56. Así que la suegra de Pedro encontró quienes rogaran por ella. Y tú, viuda, encuentras quienes supliquen por ti: si como verdadera viuda y desolada esperas en Dios, insistes en las súplicas, persistes en las oraciones, afliges tu cuerpo como si murieras cada día, para que muriendo revivas: huyes de las delicias, para que incluso enferma seas sanada: "Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta" (I Tim. V, 5, 6).

57. Se te ha quitado la causa de casarte, tienes quienes intercedan por ti; no digas: Estoy desamparada. Esa es una queja de quien va a casarse. No digas: Estoy sola. La castidad busca la soledad: la pudorosa el secreto, la impúdica la reunión. Pero tienes un negocio: también tienes un intercesor. Temes al adversario: el Señor interviene por ti ante el juez diciendo: "Juzgad al huérfano, y defended a la viuda" (Isaías I, 17).

58. Pero también quieres proteger tu patrimonio. El patrimonio del pudor es mayor, que mejor lo gobierna la viuda que la casada. Un siervo pecó. Perdona; pues es mejor soportar la culpa de otro que exponer la tuya. Pero quieres casarte. Está permitido. La simple voluntad no tiene crimen. No busco la causa: ¿por qué se finge? Si la consideras honesta, confiesa: si incongruente, calla. No acuses a Dios, no acuses a los parientes, de que te faltan apoyos; ojalá no falte la voluntad. Ni digas que consultas a los hijos, a quienes les quitas a la madre.

59. Hay también lo que es lícito por facultad, y no por edad. ¿Por qué se preparan las bodas maternas entre las bodas de las hijas, y a menudo después de las bodas? ¿Por qué la hija adulta aprende a sonrojarse primero por el esposo de su madre que por el suyo? Aconsejamos, lo confieso, que cambies de vestido, no que tomes el velo nupcial: que te alejes del sepulcro, no que prepares el tálamo. ¿Qué significa una nueva esposa después de los yernos? ¿Qué indecoroso es tener hijos más jóvenes que los nietos!

CAPÍTULO X.

Vuelve a Cristo, cuya suma benignidad en acudir a los miserables de cualquier tipo alaba, diciendo que nos ha sido presentada a nuestros ojos por el beneficio del Evangelio. Bajo esto, narra las diversas razones que se conocen en la curación por el mismo médico: luego predica la celeridad de la curación, siempre que no descuidemos invocar al médico: a esto añade una aceptación moral de la voluntad expresada en la suegra de Pedro: finalmente, después de exponer cómo debe ser el ministro de Cristo, especialmente el obispo, dice que es propio de ellos levantarse por la gracia.

60. Pero volvamos al propósito, y no dejando de lamentar las heridas de nuestros pecados, abandonemos al médico: y mientras curamos las llagas ajenas, no acumulemos nuestras propias llagas. Así que este médico es rogado. No temas, porque el Señor es grande, y tal vez se dignará venir al enfermo; pues a menudo viene a nosotros desde el cielo: y no solo visita a los ricos, sino también a los pobres y a los siervos de los pobres. Viene ahora también, rogado, a la suegra de Pedro, y estando sobre ella, reprendió a la fiebre, y la dejó: y al instante levantándose, les servía (Lucas IV, 39). Tan digno de memoria, tan digno de deseo, tan digno también del afecto de la dignación del Señor en cada uno, y sus hechos admirables. No se digna visitar a las viudas, y penetrar en los angostos interiores de una humilde choza. Como Dios manda, como hombre visita.

61. Gracias al Evangelio por el cual incluso nosotros que no vimos a Cristo venir a este mundo con nuestros ojos, parecemos estar presentes cuando leemos sus hechos; para que así como aquellos a quienes se acercaba, obtenían fe de él; así también nosotros, al creer en sus hechos, nos acerquemos a él.

62. ¿Ves qué tipos de sanidades tiene? Manda a la fiebre, manda a los espíritus inmundos, en otro lugar él mismo impone las manos. No solo, pues, con la palabra, sino también con el tacto solía curar a los enfermos. Y tú, que ardes con diversas pasiones del mundo, o cautivada por la forma de algún hombre, o por el dinero, ruega a Cristo, llama al médico, extiende tu mano a él, que la mano de Dios toque tus interiores, que la gracia de la palabra celestial escudriñe las venas de tus almas, que la mano de Dios toque los secretos del corazón. A otros les unge los ojos con lodo (Juan IX, 6, 7), para que puedan ver, y el Creador de todo nos enseña que debemos ser conscientes de nuestra naturaleza, y ver la vileza del cuerpo; pues nadie puede ver más las cosas divinas, sino quien, con la conciencia de su humildad, no sabe elevarse. A otro se le ordena ofrecerse al sacerdote, para que pueda librarse para siempre de las escamas de la lepra (Lucas V, 14). Pues solo puede guardar la pureza de la mente y del alma quien sabe ofrecerse a aquel sacerdote que hemos recibido como abogado por nuestros pecados, a aquel a quien se dice: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (Salmo CIX, 4).

63. No temas, pues, ninguna demora en la sanidad. No conoce impedimento quien es sanado por Cristo. Es necesario que apliques el remedio que has recibido; pues tan pronto como da el precepto, el ciego ve, el paralítico camina, el mudo habla, el sordo oye, el febril sirve, el lunático es liberado. Y tú, pues, que languideces indecorosamente por el deseo de alguna cosa, suplica al Señor, lleva la fe, y no temas ninguna demora. Donde hay oración, hay Palabra, se ahuyenta el deseo, se aleja la lujuria. No temas la ofensa de la confesión; más bien presume de la prerrogativa: pues inmediatamente, tú que antes sufrías de la enfermedad del cuerpo, comenzarás a servir a Cristo.

64. También puede parecer en este lugar la afectuosa voluntad de la suegra de Pedro, de la cual había asumido para sí como una semilla de futura posteridad; pues la voluntad de cada uno es la autora de su posteridad. De la voluntad nace la sabiduría, que el sabio toma en

matrimonio para sí, diciendo: "Propuse traerla a mí en matrimonio" (Sab. VIII, 2). Así, aquella voluntad que primero languidecía empapada en los deseos de varias pasiones, después, por el oficio del apostolado, se levantó ya robusta para el ministerio de Cristo.

65. Al mismo tiempo, se muestra cómo debe ser quien ministra a Cristo; pues debe primero carecer de las diversas seducciones de los placeres, evitar la debilidad interna del cuerpo y del alma, para ministrar el cuerpo y la sangre de Cristo. Pues nadie puede, enfermo de sus pecados, y menos aún sano, ministrar los remedios de las sanidades inmortales. Mira lo que haces, sacerdote, y no toques el cuerpo de Cristo con mano febril. Primero cúrate, para que puedas ministrar. Si Cristo manda que los que antes eran leprosos se presenten a los sacerdotes (Lucas XVII, 14), ¡cuánto más conviene que el sacerdote mismo sea puro! No tiene, pues, de qué quejarse aquella viuda de que no me haya perdonado, cuando ni siquiera me perdono a mí mismo.

66. Así que se levantó, dice, la suegra de Pedro, y les servía (Lucas IV, 39). Y bien se levantó; pues ya ministraba la gracia apostólica el tipo del sacramento. Es propio, sin embargo, de los ministros de Cristo levantarse, según está escrito: "Levántate, tú que duermes, y levántate de los muertos" (Efes. V, 14).

CAPÍTULO XI.

Después de rechazar las causas que suelen alegarse para la repetición de matrimonios, profesa que no condena los segundos matrimonios; aunque recorre sus inconvenientes desde el Apóstol, afirma que su condición es aprobada en la Iglesia: en este lugar castiga a los herejes que los prohibían. Y como las fuerzas de los diversos son diversas, de aquí escribe que no se impuso la castidad, sino que se aconsejó.

67. Decimos, por tanto, que las viudas no deben carecer de recursos, ya que han acostumbrado a dar: ni necesitan ayuda de aquellos de quienes a menudo, en los mayores peligros, han sido defendidas las fuerzas de los hombres: los deberes maritales también suelen ser fácilmente reparados por los hijos o los parientes: incluso la misericordia divina es más pronta hacia ellas; y por eso, cuando no parece haber causa para casarse, el deseo debe estar ausente.

68. Sin embargo, decimos esto como consejo, no como un mandato, más bien invitando a la viuda que atándola; pues no prohibimos las segundas nupcias, pero no las aconsejamos. Porque una cosa es la consideración de la debilidad, otra la gracia de la castidad. Digo más, no prohibimos las segundas nupcias, pero no aprobamos las repetidas con frecuencia; pues no todo lo que es lícito conviene: Todo me es lícito, dice el Apóstol, pero no todo es útil (I Cor. VI, 12). Y es lícito beber vino, pero no conviene en exceso.

69. Por tanto, es lícito casarse, pero es más hermoso abstenerse; pues hay ataduras en el matrimonio. ¿Queréis saber cuáles son las ataduras? La mujer que está bajo el marido, mientras vive el marido, está ligada a la ley: pero si el marido muere, queda libre de la ley del marido (Rom. VII, 2). Se ha demostrado, por tanto, que el matrimonio es un vínculo por el cual la mujer está atada y desatada. Es bueno por la gracia del amor mutuo, pero mayor es la servidumbre. Pues la mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido (I Cor. VIII, 4). Y para que no te parezca que esta es una servidumbre del matrimonio, sino del sexo: De igual manera, el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. ¡Cuánta es, por tanto, la necesidad del matrimonio, que somete incluso al más fuerte al otro! Pues

ambos sirven a necesidades mutuas. Ni al que es templado le es lícito retirar la cabeza del yugo, cuando debe servir a la intemperancia del otro. Fuisteis comprados por precio, dice, no os hagáis esclavos de los hombres (Ibid., 13). Veis cuán evidente es la definición de servidumbre conyugal. No lo digo yo, sino el Apóstol: ni él, sino Cristo que hablaba en él. Y ciertamente definió esta servidumbre de los buenos cónyuges. Pues más arriba tienes: El marido incrédulo es santificado por la mujer creyente: y la mujer incrédula es santificada por el marido creyente (Ibid., 14). Y más adelante: Pero si el incrédulo se separa, que se separe. No está sujeto a servidumbre el hermano o la hermana en tales casos (Ibid., 15). Si, por tanto, el buen matrimonio es servidumbre, ¿qué es el mal matrimonio; cuando no pueden santificarse mutuamente, sino perderse?

70. Pero así como exhortamos a las viudas a la gracia de la virtud, también invitamos a las mujeres a la disciplina eclesiástica; porque la Iglesia está compuesta por todos. Aunque el rebaño de Cristo, sin embargo, en unos se alimenta de pasto, en otros aún se nutre de leche; de quienes deben cuidarse aquellos lobos que se esconden con vestidura de ovejas, pretendiendo una apariencia de abstinencia, pero provocando la fealdad de la intemperancia. Pues como saben que las cargas de la castidad son pesadas; cuando ellos mismos no pueden tocarlas ni con los dedos, las exigen de otros en exceso, cuando ellos mismos no pueden guardar ni siquiera la medida, sino que sucumben bajo una carga injusta. Pues la medida de la carga debe ser según la medida del que la lleva, de lo contrario, la ruina de la carga impuesta ocurre donde hay debilidad del portador; pues incluso la garganta de los niños es estrangulada por un alimento más fuerte.

71. Y por eso, así como la multitud de los que llevan no se estima por las fuerzas de unos pocos; sin embargo, a los más fuertes no se les prescribe por la debilidad de otros, sino que a cada uno se le permite tanto como desee soportar de carga, permaneciendo el cúmulo de la recompensa en el aumento de la virtud: así también a las mujeres no se les debe imponer un lazo, no se debe asumir una carga de abstinencia más pesada de lo que pueden soportar: sino que se debe dejar que cada una se pese a sí misma, no forzada por la autoridad de algún mandato, sino provocada por el incremento de la gracia. Y por eso se ha propuesto una recompensa diversa para virtudes diversas. No se reprueba una cosa para que se predique otra: sino que se predicán todas, para que se prefieran las que son mejores.

CAPÍTULO XII.

Se presentan algunas diferencias entre precepto y consejo, que para que se conozcan más claramente, se narra la historia del joven rico, de quien el Evangelio hace mención: así como la diversidad de premios propuestos para los consejos y los preceptos.

72. Por tanto, el matrimonio es honorable, pero la integridad es más honorable; pues quien casa a su virgen, hace bien: y quien no la casa, hace mejor (I Cor. VII, 38). Lo que es bueno, por tanto, no debe evitarse: lo que es mejor, debe elegirse. Por tanto, no se impone, sino que se prefiere. Y por eso el Apóstol dijo bien: De las vírgenes no tengo precepto del Señor, pero doy consejo (Ibid., 25). Pues el precepto se da a los súbditos, el consejo se da a los amigos. Donde hay precepto, allí hay ley: donde hay consejo, allí hay gracia. El precepto, para devolver a la naturaleza: el consejo, para provocar a la gracia. Y por eso la ley fue dada a los judíos, pero la gracia fue reservada para los más selectos. La ley, para que los que se apartaban de los límites de la naturaleza por el afán de la culpa, fueran devueltos a la observancia de la naturaleza por el terror del castigo: pero la gracia, para que los elegidos fueran provocados tanto por el afán de los bienes como por los premios propuestos.

73. He aquí la diferencia entre precepto y consejo, si recuerdas a aquel a quien en el Evangelio (Matth. XIX, 18 y ss.) primero se le prescribe que no cometa homicidio, que no cometa adulterio, que no dé falso testimonio; pues allí hay precepto, donde hay pena del pecado. Pero cuando recordó haber cumplido los preceptos de la ley, se le da consejo, para que venda todo y siga al Señor; pues estas cosas no se mandan por precepto, sino que se ofrecen como consejo. Hay, pues, una doble forma de mandato: una preceptiva, otra voluntaria. Por eso el Señor en un lugar dice: No matarás, donde manda; en otro: Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes. Por tanto, aquí está libre del precepto, a quien se le concede el libre albedrío.

74. Por tanto, quienes han cumplido el precepto, pueden decir: Somos siervos inútiles: lo que debíamos hacer, lo hicimos (Luc. XVII, 10). Esto no lo dice la virgen, no lo dice aquel que vendió sus bienes: sino que espera los premios como reservados, como el santo Apóstol que dice: He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué, pues, tendremos? (Matth. XIX, 27). No dijo que había hecho lo que debía hacer como siervo inútil: sino que, como útil al Señor, que multiplicó los talentos confiados a él con ganancias adquiridas, espera la recompensa de la fe y la virtud, bien consciente de sus méritos y seguro de ellos. Y por eso se le dice a él con los demás: Vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las tribus de Israel (Ibid., 28). Pero a aquel que había guardado los talentos, aunque se le prometen premios, sin embargo menores, diciendo: Porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho (Matth. XXV, 21). La fe, por tanto, es por deuda, la misericordia en el premio. Quien ha creído bien, ha merecido que se le crea: quien ha contribuido bien, porque no buscó lo suyo, ha obtenido lo celestial.

CAPÍTULO XIII.

Al traer el pasaje del Evangelio sobre los eunucos, dice que aquellos que han sido hechos tales por naturaleza o por violencia de los hombres, no deben ser especialmente alabados por ello: pero aquellos que han convertido sus propias manos contra sí mismos, deben ser condenados; mostrando que esta acción no es ni útil, ya que no elimina la concupiscencia de la mente: ni honesta, ya que no deja lugar para la lucha. Por tanto, solo deben ser alabados aquellos que se han vencido a sí mismos por la continencia: pero no se debe obligar a nadie a esto, ya que ni el Apóstol ni Cristo mismo han impuesto esta virtud por precepto; de donde se entiende que no se desaprueban los votos matrimoniales, sino que se prefiere la castidad.

75. Por eso, no se da un precepto, sino un consejo; pues el precepto es de castidad, el consejo de integridad: Pero no todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes se les ha dado. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre (Matth. XIX, 11, 12); en los cuales hay una necesidad de naturaleza, no una virtud de castidad en los hombres. Y hay eunucos que se han castrado a sí mismos; por voluntad, ciertamente, no por necesidad. Y hay eunucos que han sido hechos por los hombres. Y por eso hay una gran gracia de continencia en ellos; porque la voluntad, no la debilidad, hace al continente. Pues conviene guardar íntegro el don de la obra divina. Y no les es poco quizás no estar sujetos al resbaladizo del cuerpo; pues si se les ha quitado la palma de soportar esta lucha, también se les ha quitado la materia del peligro: y aunque no pueden ser coronados, tampoco pueden ser vencidos. Tienen otros géneros de virtudes, con los cuales deben recomendarse, si la fe es firme, la misericordia abundante, la avaricia ajena, la gracia frecuente. Pero en estos no hay culpa; porque fueron hechos por ignorancia.

76. No es la misma causa de aquellos que usan el hierro contra sí mismos, a lo cual no imprudentemente nos hemos desviado; pues hay quienes consideran como virtud el reprimir la culpa con hierro. De los cuales, aunque no queremos pronunciar nuestra sentencia, aunque hay decretos establecidos por los mayores; consideren, sin embargo, que nadie lo atribuya a la profesión de debilidad, no a la gloria de la firmeza. Por tanto, que nadie milite, para que no sea vencido alguna vez: ni use el servicio del pie, quien teme el peligro de caminar: ni el ojo cumpla su función, quien teme la caída de la concupiscencia. Pero ¿de qué sirve cortar la carne, cuando incluso hay culpa en el mismo aspecto? Pues quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Matth. V, 28). Y quien de manera similar mira a un hombre con concupiscencia, comete adulterio. Por tanto, nos conviene ser castos, no débiles: tener ojos pudorosos, no débiles.

77. Por tanto, nadie, como muchos piensan, debe mutilarse, sino más bien vencer; pues la Iglesia recibe a los vencedores, no a los vencidos. ¿Y por qué usar argumentos, cuando está presente la forma del precepto apostólico? Pues así tienes: Ojalá se mutilen los que quieren circuncidarse (Gal. V, 12)! ¿Por qué se le quita al hombre la ocasión de la corona y el uso de la virtud, quien ha nacido para la alabanza, preparado para la victoria, quien más bien puede castrarse a sí mismo con la virtud del alma? Pues hay eunucos que se han castrado a sí mismos por el reino de los cielos (Matth. XIX, 12).

78. Pero esto no se impone a todos, sino que se exige de todos. Pues quien da mandatos, siempre debe mantener la medida de los decretos: y quien distribuye las tareas, debe reservar la equidad del juicio: Pues la balanza engañosa es abominación ante Dios (Prov. XI, 1). Hay, por tanto, peso menor y mayor: pero la Iglesia no recibe ninguno de los dos; Pues el peso mayor y el menor, y las medidas dobles, son inmundas ante el Señor ambas (Prov. XX, 10). Hay tareas que la sabiduría divide; y las divide de tal manera que estima la virtud y las fuerzas de cada uno. Y por eso dice: Quien pueda recibirlo, que lo reciba (Matth. XIX, 12).

79. Pues el creador de todos sabe que los afectos de cada uno son variados; y por eso provocó la virtud con premios, no ató la debilidad con cadenas. Y el Doctor de los gentiles (Rom. VII, 23 y ss.), buen auriga de nuestras costumbres, y cierto rector de los afectos interiores, quien había aprendido de sí mismo que la ley de la mente se opone a la ley del cuerpo; sin embargo, cede a la gracia de Cristo: sabe, digo, que los diversos impulsos de las mentes se oponen; y por eso no extiende tanto la exhortación de la integridad, que aboliera la gracia de las nupcias: ni prefirió tanto el matrimonio, que extinguiera los deseos de integridad. Pero comenzando con la persuasión de la continencia, descendió a los remedios de la incontinencia: y cuando había mostrado el premio de la vocación celestial a los más fuertes; sin embargo, no permitió que nadie desfalleciera en el camino: así aplaudiendo a los primeros, que no despreciara a los que seguían; pues él mismo había aprendido que el Señor Jesús ministró a unos pan de cebada (Juan VI, 5 y ss.), para que no desfallecieran en el camino, y a otros su cuerpo (Matth. XXVI, 26), para que se esforzaran por el reino.

80. Ni el mismo Señor impuso un precepto, sino que invitó a la voluntad: ni el Apóstol estableció un precepto, sino que dio un consejo (I Cor. VII, 25). Pero no es este un consejo humano, que tenga la medida de las fuerzas humanas: confiesa que es un don de la misericordia divina en él conferido; para que supiera fielmente preferir lo primero, disponer lo segundo. Y por eso dice: Estimo, no establezco, sino que estimo que es bueno por la necesidad presente (Ibid., 26).

81. Por tanto, la unión matrimonial no debe evitarse como culpa, sino declinarse como carga de necesidad. Pues la ley ha atado a la esposa, para que en trabajos y en tristeza engendre

hijos, y su conversión sea hacia el marido, quien la dominará (Gen. III, 16). Por tanto, la esposa está sujeta a trabajos y dolores en la generación de hijos, no la viuda: y solo la casada está sujeta al dominio del marido, no la virgen. Pero de todas estas cosas la virgen es libre, quien ha prometido su afecto a la Palabra de Dios, quien espera al esposo de la bendición con antorchas (Matth. XXV, 4), con la luz de la buena voluntad encendida. Y por eso se la provoca con consejos, no se la ata con cadenas.

CAPÍTULO XIV.

Aunque la viuda no ha recibido un precepto, sin embargo, ha recibido un consejo tan frecuente y tan útil que no parece que deba ser despreciado. No quiere imponer un lazo a nadie, ya que el campo de la Iglesia también se enriquece con el matrimonio: pero la viudez que es alabada por el Apóstol, no puede negarse que es buena; de donde no actúa de manera superficial contra aquellos cuya ley sabía que la había proscrito.

82. Pero tampoco la viuda recibe un precepto, sino un consejo: un consejo que no se da una sola vez, sino que se repite a menudo. Pues primero dijo: Bueno es para el hombre no tocar mujer (I Cor. VII, 4); y de nuevo: Quisiera que todos los hombres fuesen como yo (Ibid., 7); y tercero: Bueno es para ellos si permanecen como yo (Ibid., 8); y cuarto: Bueno es por la necesidad presente (Ibid., 26): y esto agrada al Señor, y esto es honesto: finalmente, definió que la perseverancia en la viudez es más bienaventurada, no solo por su consejo, sino también por el Espíritu de Dios. ¿Quién, pues, rechazaría la benignidad de tal consejero, quien concede riendas a la voluntad, y aconseja a otros lo que en sí mismo ha juzgado útil, no fácil de comprender, ni desdeñoso de igualar? ¿Quién, pues, rechazaría ser santa en cuerpo y espíritu; cuando la recompensa está por encima del trabajo, la gracia por encima del uso, la recompensa por encima de la obra?

83. Y digo esto no para imponer un lazo a los demás, sino para que, como trabajador del campo que me ha sido confiado, vea este campo de la Iglesia fértil, ahora floreciendo con la flor de la integridad, ahora abundando con la gravedad de la viudez, ahora también rebosante con los frutos del matrimonio. Pues aunque son diversos, son frutos de un mismo campo: ni tantas son las azucenas de los jardines, como las espigas de las cosechas, los granos de las mieses, y los espacios de muchos campos aptos para recibir semillas, como para ser cosechados con frutos devueltos.

84. Por tanto, la viudez es buena, que tantas veces es alabada por el juicio apostólico; pues esta es maestra de la fe, maestra de la castidad. De donde también aquellos que veneran los adulterios y deshonoras de sus dioses, establecieron penas para el celibato y la viudez; para que, como émulos de los crímenes, multaran los estudios de las virtudes: con la apariencia de buscar la fecundidad, pero con el afán de abolir el propósito de la castidad. Pues cuando el soldado ha cumplido sus años de servicio, deposita las armas, y dejado el oficio que ejercía, es enviado como veterano a sus propios campos; para que él mismo obtenga el descanso de una vida ejercitada en trabajos, y haga a otros, con la esperanza de un futuro descanso, más dispuestos a asumir las tareas. También el agricultor más maduro confía el arado a otros, y agobiado por las obras juveniles, explora la providencia del cuidado senil: es más fácil podar la vid que presionarla, para que reprima la juventud exuberante, y corte la lascivia adolescente con la hoz, enseñando que cierta castidad de partos escasos debe ser buscada incluso en las vides.

85. Similar a esta es la viuda, como veterana con los años de servicio de la castidad cumplidos, aunque deposite las armas del matrimonio; sin embargo, gobierna la paz de toda

la casa: aunque ociosa para llevar cargas, sin embargo, previsora para casar a las más jóvenes: donde el cultivo es más útil, donde el fruto es más abundante, qué unión es más apta, lo dispone con gravedad senil. Por tanto, si el campo se confía más bien a los más maduros que a los más jóvenes, ¿por qué piensas que es más útil la casada que la viuda? Y si los perseguidores de la fe, también fueron perseguidores de la viudez: ciertamente, para los que siguen la fe, la viudez no debe ser evitada como un castigo, sino mantenida como una recompensa.

CAPÍTULO XV.

Quita la excusa de aquellas que alegan el deseo de tener hijos: pero se detiene especialmente en aquellas que tienen hijos del matrimonio anterior; pues describe bellamente su grave servidumbre, las futuras enemistades entre los hijos, y finalmente la rara concordia entre los mismos cónyuges: finalmente, advierte que nadie abuse de los ejemplos de la Escritura en este asunto.

86. Pero quizás a algunas les parezca que los matrimonios deben repetirse por el deseo de tener hijos. Pero si el deseo de hijos es la causa de casarse, ciertamente donde hay fruto de hijos, no hay causa. Aunque, ¿de qué consejo es querer experimentar de nuevo una fecundidad intentada en vano, o someterse a la orfandad que has soportado? Pues esta es la causa de repetir para quienes no tienen hijos.

87. Por tanto, aquella que ha tenido hijos y los ha perdido (pues con ella es mayor la contienda, que tiene esperanza de engendrar), aquella, digo, ¿no se parece a sí misma, entre los mismos lazos de los matrimonios repetidos, pretextando los funerales de los hijos perdidos? ¿No sufrirá de nuevo lo que repite, y ante las mismas tumbas de sus deseos, las imágenes de las orfandades sufridas, los clamores de los lamentos, se horroriza? O cuando con antorchas encendidas se lleva la noche, ¿no piensa que se preparan más bien las exequias de un funeral que el tálamo? ¿Por qué, pues, hija, repites más bien los dolores que temes, que buscas los hijos que ya no esperas? Si el dolor es grave, debe evitarse su causa, no buscarse.

88. ¿Qué consejo puedo darte a ti, que tienes hijos? ¿Cuál es tu motivo para casarte? Tal vez un error de ligereza, el uso de la intemperancia, y la conciencia de un corazón herido te obligan. Pero el consejo se da a los sobrios, no a los ebrios; y por eso mi discurso es para una conciencia libre, que tiene ambas opciones intactas. Que la herida tenga remedio, el consejo honesto. Tú, hija mía, ¿qué intentas? ¿Por qué buscas herederos extraños, cuando tienes los tuyos? No desees hijos, que ya tienes, sino una servidumbre que no tienes. Esta es la verdadera servidumbre, en la que el amor es más débil, que no es recomendado por el testimonio de una virginidad no desflorada, y una primera edad llena de santo pudor y gracia: donde la ofensa es más grave, la insolencia más sospechosa, la concordia menos frecuente, que no es conciliada por un amor arraigado en el tiempo, ni por una belleza floreciente en los años. Una piedad molesta, para que temas amar a tus hijos, te avergüences de mirarlos; y de ahí surge la causa de la discordia, de donde el amor mutuo suele suavizar los afectos de los padres. Quieres engendrar hijos, no hermanos de los tuyos, sino adversarios de tus hijos. ¿Qué es entonces engendrar otros hijos, sino despojar a los que ya tienes: a quienes se les quitan por igual los deberes de piedad y las ventajas de las facultades?

89. La ley divina ha unido a los cónyuges con autoridad celestial, y el amor mutuo permanece difícil. Pues tomó una costilla del hombre y formó a la mujer; para unirlos entre sí, diciendo: Y serán dos en una sola carne (Gén. II, 24). No dijo esto de las segundas, sino de las primeras

nupcias; pues Eva no tomó un segundo marido, ni la santa Iglesia reconoció un segundo marido: Porque este sacramento es grande, en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 32); y por eso debe ser guardado. Pero ni Isaac conoció otra esposa aparte de Rebeca (Gén. XXIV, 67), ni Abraham sepultó a su padre con otra esposa que no fuera Sara (Gén. XXV, 10).

90. Pues en la santa Raquel hubo más figura de misterio que orden de matrimonio (Gén. XXIX, 28 y ss.). Y sin embargo, en ella también tenemos algo que podemos referir a la gracia del primer matrimonio; si a la que tuvo primero como esposa, más amó, ni el engaño excluyó el afecto, ni la intervención del matrimonio abolió el amor de la esposa. Así, el santo patriarca nos enseñó cuánto debemos deferir a las primeras nupcias, ya que él mismo tanto defería a los primeros esponsales. Tened cuidado, pues, hijas, de que no podáis mantener la gracia de las nupcias y aumentéis las molestias.